

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 18 DE MARZO DE 1923

NÚM. 20.208

SOBRE LA CULTURA

¿Qué es la Cultura? — Para entender qué cosa sea la Cultura, tratemos de averiguar primero lo que no es.

1)

Pensemos en un diccionario enciclopédico, pingüe *Encyclopaedia Britannica* o *Pallas* bien resumido y modesto. Se compondrá este diccionario de una colección, más o menos amplia; de definiciones, más o menos precisas, y de noticias, más o menos minuciosas, seriadas según el orden alfabético. A cada definición corresponde una noción; a cada noticia, un individuo. Nociones, individuos recortados, distinguidos, en grado diverso de convención, de la trama viva de la naturaleza o de la historia. Aquí está la taxonomía y la descripción de la *Belladonna*. Más arriba, la cronología y la biografía de *Beethoven*. Figuran en el diccionario referencias a unos centenares de músicos y a unos millares de plantas más.

Imaginemos ahora un hombre que ha alcanzado a tener en la cabeza todos aquellos conceptos, el internable catálogo de todos aquellos nombres. El, no sólo sabrá, y sabrá detalladamente, de *Beethoven* y de la *Belladonna*, sino también de *Couperin* y de la *Copaiba*, de *Grieg* y de la *Grosella*, de *Mozart* y de la *Mostaza*, de *Donizetti* y del *Don-diego de noche*. También sabrá por lo seguro qué es un *Hipsómetro*; qué es una *Retépore*; qué una *Plumatela*, una *Cristatela* o un *Flustra*; cómo suena un *Xitórgano*; con qué se come una *Rémora*; y ciencia indirecta, en qué año nacieron *Eleonora Duse* o la condesa *Mathieu de Noailles*.

Tanto saber, sin embargo, no le otorgaría aún la posesión, la vivencia de la cultura. Sólo comenzará la posesión, la vivencia de la cultura, cuando del botín riquísimo el espíritu se haya fabricado un alimento y, por digeridas, las nociones hayan desaparecido. Cuando ya olvidada la exacta cifra del dato y el texto estricto de la definición, confundidas quizá taxonomías y biografías, superado de todos modos su contenido—cuanto a la ciencia en anécdota, la ciencia en definición—una flúida y móvil sustancia única—hija de todas aquéllas, no estampa de ninguna de ellas—, riegue con la abundancia y la generosidad de sus linfas la actividad entera del espíritu y

mantenga a éste en unidad; así como, hija y no estampa de los alimentos materiales, la sangre riega el cuerpo y mantiene las partes del mismo más diversas unidas en el juego de una sola economía vital.

2)

No, no sería un hombre culto el hombre imaginario que tuviese en la cabeza, pero sin moverlas ni vivirlas, todas las nociones y los datos de un diccionario enciclopédico... Pero contrastemos con él—siguiendo la moda de los paralelos

propio cuerpo, sólo vagas referencias, a medias empíricas, a medias tradicionales, le dan noticia de los órganos más gruesos que dentro de él se guardan. Si contempla el universo nuestro artesano, primo hermano tal vez del abuelo de Galileo Galilei, creará honestamente que es el sol quien gira en torno de la tierra, y no correrá ningún riesgo, por este asunto, de tener que entenderse con la autoridad romana. En historia natural no dudará este hombre de la existencia del Ave-Fénix y de la Yaca de mar. En geografía concebirá apenas la existencia de

dinas; entre el platonismo de su *Petrarca* y los secretos del oficio, aprendidos de un joven maestro de perspectiva y de un viejo maestro forjador; entre la historia sagrada, oída en las predicciones del templo y la mitología contemplada en los relieves de una crátera que trajo con pompa a la abierta casa de un patricio de la ciudad un negociante bizantino; entre la conversación con un cardenal humanista, en la coyuntura de un encargo, y la conversación de un escultor-artillero, en la coyuntura de un encuentro matinal en el Or-San-Miche-

le; entre la evocación de las viejas sombras de los *Esparacos* y los *Brutos*, en la hora de las discordias civiles, y la consolación de los *Boecios*, en la hora de las melancolías domésticas; entre su participación en una tradición selecta y su participación en un medio pulido, *Antonio el Pollero* y *Antonio di Salvi* se han construido una visión total y bien centrada de la realidad, una concepción del mundo; se han construido, sin esfuerzo, una cultura. Ningún elemento disperso y sin ligazón queda en su mente, ni siquiera una pequeña noticia, ni siquiera una marginal superstición. El corto saber está allí organizado y armonizado. Es todo movimiento, toda vida. Nada separado o recortado, como noción en diccionario enciclopédico; todo enlazado y fundido, como en la circulación fisiológica cada onda san-

guinea con la onda que le precede, con la onda que le va a seguir.

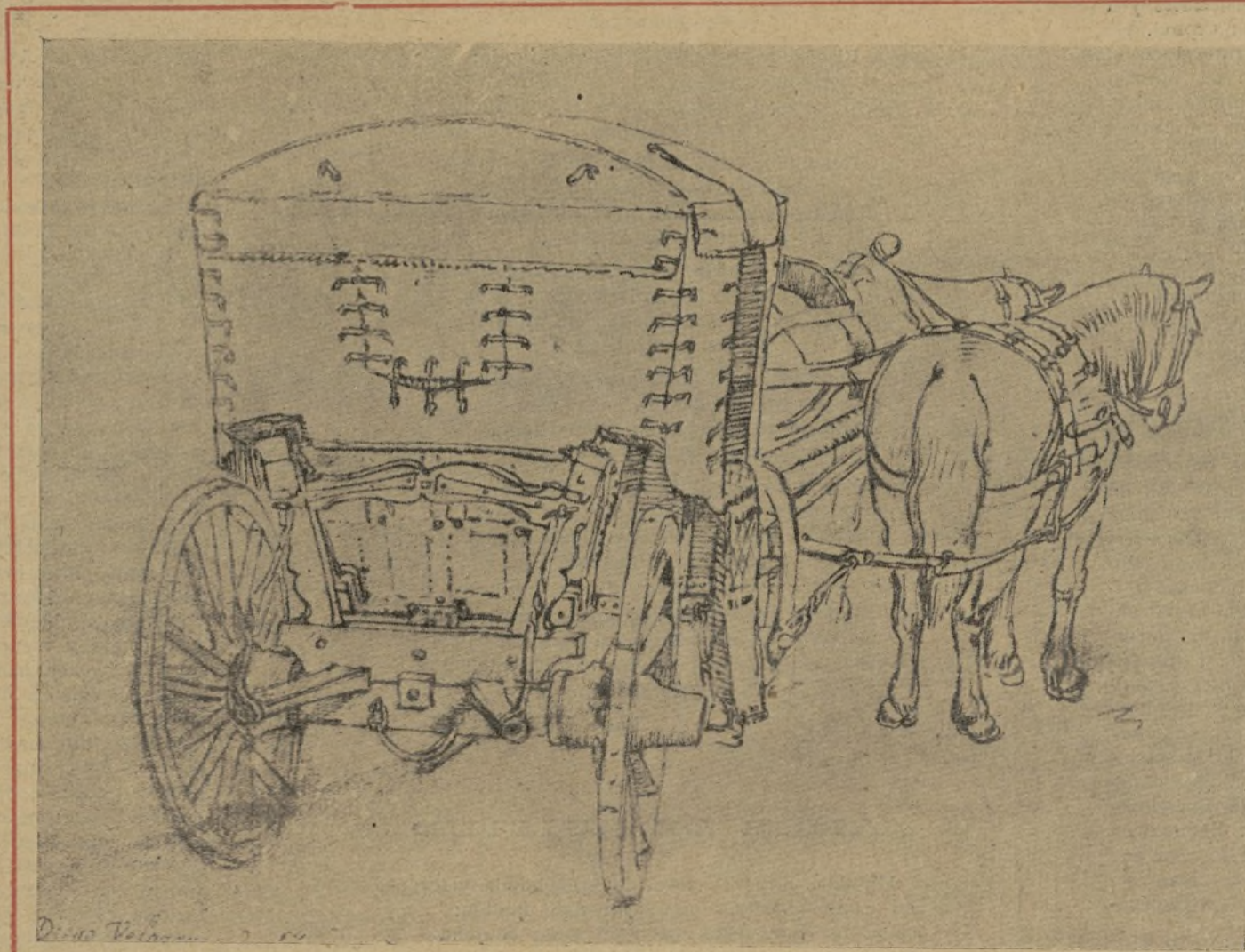
La función de síntesis, propia de la cultura, cúmplase en el espíritu de los dos artesanos de Florencia normalmente y con una perfecta sanidad. *Antonio el Pollero* y *Antonio di Salvi*, a quienes acaso estorba lo negro, son dos hombres cultos.

4)

Averiguado esto, ya el problema de la Cultura empieza a parecernos más claro; más difícil, tal vez.

Porque importa no olvidar nunca, en la crítica de las ideas como en la crítica de los estilos, que la claridad nada tiene que ver con la facilidad. Puede algo ser muy claro y al mismo tiempo muy difícil, como otra cosa puede ser muy fácil, a pesar de lo oscuro, o precisamente por lo oscuro.

Eugenio d'ORS



UN COCHE.—DIBUJO DE VELÁZQUEZ

literarios que floreció algún día—un tipo contrario: el de un artista del Renacimiento, un artista humilde; si se quiere, un artesano: aquel *Antonio figliolo d'un pollainolo*, y que toda la vida fue llamado así, o aquel *Antonio di Salvi*, que fu *un valente praticone nelle cosa delle grosserie e mori vecchissimo*, de que habla el Cellini, al establecer el linaje de los plateros florentinos, al comienzo de un *Trattato de l'Orificeria*... He aquí alguien, cierto de nociones, sin duda, si se le compara, no ya con un profesional, sino hasta con un niño de la escuela de nuestros tiempos. Aquél no sabe todavía los principios físicos cardinales; no conoce, anterior a Newton, cómo ha sido, ni la ley de la gravedad, ni el por qué de la caída de los cuerpos, ni adónde se dirige esa caída, ni sospecha siquiera que esa caída pueda ser proporcional a algo. Si contempla su

una quinta parte del mundo; en historia, no sólo se han quedado en misterios para él la del remoto Egipto o de la misteriosa Siria, mas también la de la próxima, inmediatísima Edad Media, que, al llegar el Renacimiento, han procurado los espíritus olvidar, como se olvida quien abre los ojos a luz de nuevo día de los fantasmas que poblaron noche febril. *Antonio di Salvi* y el llamado *Antonio el Pollero*—que nos olvidamos de insinuarlo—por ventura no saben leer siquiera—, son, según nuestro vanidoso lenguaje de hombres modernos, unos acabados ignorantes.

3)

Y sin embargo, entre su catolicismo y su Dante, transmitido al pueblo en recitados esquinteros antes que circulado entre los doctos del mundo en ediciones al-

La revisión de Ernesto Renán

Página del Centenario

Como un día de meditación conmemorativa, quiero dedicar a Ernesto Renán, con motivo de su centenario, mi conversación de hoy.

Renán perteneció todavía a la época de negaciones que comienza en el siglo XVIII. No lo creo así. A través del amable escepticismo exterior, el alma contemporánea está forjada, plenamente, en la obra de Renán. Muy al contrario de una negación, hay en él una confluencia fecunda de corrientes. Establezcamos su filiación histórica.

¿En qué forma llegó hasta él la herencia científica, el caudal diverso de las culturas? Pocas veces un espíritu habrá recibido con mayor avidez las corrientes múltiples del pensamiento humano. La Edad Media había sido una larga desvirtuación por la mezcla de culturas adversas, en manos bárbaras. El siglo XVI acentuó los valores originales, porque los separó. La Reforma produjo una apelación a los textos bíblicos originales y a la liberación del raciocinio personal. En cambio, el Renacimiento intensificó el valor clásico, devolviéndole su pureza. Es verdad que Francia, después, introdujo una nueva adulteración con el neoclasicismo; pero los románticos, por una curiosa paradoja, restauraron a su vez la íntegra percepción de la cultura, de la cultura helénica. Sumemos ahora esos valores diversos, en los momentos de su intensidad y pureza, y veremos cómo ellos han formado el alma de Renán: restauración cristiana y libertad de la razón, herencia de la Reforma; percepción directa y viva de la cultura helénica. Renán se nos muestra como una confluencia fecunda de clasicismo y romanticismo.

Pero todavía recibió otras influencias educativas, que le apartan más aún de la tradición escéptica. Renán fue más germánico que anglo-sajón, en su estirpe espiritual. El idealismo alemán dejó más huella en él que las escuelas típicas inglesas, desde el escepticismo al positivismo. Esta cualidad es la que le diferencia más visiblemente de Taine. El racionalismo de Renán no pierde nunca su luminosidad y su calor de ideal, a pesar de la ironía piadosa con que nos enseña a mirar la vida. Ello le distingue también de la tradición racionalista francesa, plasmada en la Enciclopedia, tan neoclásica todavía. De manera que el espíritu de Renán se libra de dos precedentes educativos que actuaban sobre Francia: neoclasicismo y Enciclopedia.

La parte capital de su obra está consagrada a estudios semíticos y cristianos. Pero ahí radica precisamente su mayor fuerza de originalidad: porque nos da una visión del semitismo y del cristianismo desde una cultura soberanamente aria; helénica en el pleno grado de la compenetración.

Queda otro elemento formativo de ese hombre excepcional: su celtismo, su naturaleza bretona. En sus *Memorias* hay alguna página suavemente irónica sobre la lucha que la parte gascona de su sangre materna sostenía con la sangre bretona. Pero no cabe dudar que su personalidad nos sugiere una inconfundible impresión celta. En otras páginas he señalado, como uno de los caracteres de lo que podría llamarse escuela bretona, la percepción religiosa del paisaje. Todo celta pone en su estilo una resonancia ulterior a la musicalidad externa; algo como el eco de las campanas de Is, sumergidas bajo el mar, en un rincón perdido de Atlántida. Y este

es el hechizo inefable y secreto del estilo de Renán, que elevó a las más exquisitas depuraciones su idioma, tan dúctil, tan adecuado a la sutil plasmación de todos los matices. El estilo de Renán es una diaphanidad, que deja ver la nimia gradación de todos los valores léxicos e ideológicos, a manera de un iris.

Esa agudeza visual bretona le permitió ver con ojos más libres de todo prejuicio el espectáculo de las culturas orientales. Renán, occidental perfecto, fue a Oriente con ojos de niño, vírgenes de toda sugestión. Yo creo que la restauración del panorama evangélico, en la *Vida de Jesús*, el encanto idílico de las colinas galileas, el sosiego arcádico de

las fuentes de Samaria, donde acuden todavía las mujeres como si esperasen el encuentro azaroso de los profetas, se debió al encuentro de los dos extremos de nuestra alma de civilizados; era un breton ingenuo y sencillo, que contemplaba a Palestina. Y así como ante la Acrópolis sus labios habían modulado la plegaria más honda de nuestra vida intelectual, reconocían en las riberas de Tiberiades o sobre las ruinas de Cafarnaum patria lejana de nuestro corazón...

Así podemos ya resumir la influencia que ha dejado en nosotros Ernesto Renán. Sería difícil afirmar si es más in-

tensa la huella intelectual que la huella cordial, en su paternidad sobre nosotros. Como herencia intelectual, Renán nos enseñó a infundir en nuestro raciocinio la avidez estética, una continua sed de belleza. Unió a las más arduas rebuscas de verdad una vibración de amor. Revistió de hermosura la ciencia, como fin de la vida noble, y dió al conocimiento una dignidad capaz de traducirse en bien, o sea en excelencia moral. Devolvió a la inteligencia su categoría divina, y nos enseñó a percibir a Atenea en toda la integridad de sus orígenes. Puso una llama de hogar en el fondo glacial de los laboratorios, y una dulzura de lámpara familiar en la penumbra sombría de las bibliotecas.

En cuanto a nuestra parte sensitiva, nos enseñó a armonizar nuestra vida interior con nuestra vida práctica, y a no considerar la religión como ritualidad externa, sino como construcción de nuestro templo invisible, acorde con nuestra percepción sincera, a la cual debemos fidelidad; nos enseñó a tributar a las idealidades ajenas la consideración suprema de dialogar con ellas en noble lucha, y no menospreciarlas convirtiéndolas en logomaquia y gesto muerto. La cordialidad cristiana quedó libre, por él, de toda estrechez confesional; y así se amplió la irradiación evangélica, porque la llevó en alas de una espiritualidad, y no ya de un símbolo dogmático.

Restáanos hablar ahora de su obra educativa en cuanto a la formación de nuestra voluntad. Esta es la parte más floja de Renán; la que propiamente puede calificarse de valoración escéptica. No hablo de nuestra moral; porque Renán contribuyó a formarla con las exquisiteces de su magisterio de sensibilidad. Me refiero a la norma de vida, sobre todo pública y social, que se desprende de la obra total de ese maestro. Renán, se ha dicho, es un temperamento aristocrático; su ideal político tiende a la dictadura de las selecciones. — No creo que esta definición baste para incorporarle entre los enemigos de la tradición revolucionaria, como lo fué, en cierto modo, Taine. En mi concepto, no hay ninguna escuela de derecho político que no sea «aristárquica», esto es, que no confíe la dirección de la república a una minoría de selectos. Pero la verdadera diferenciación de escuelas radica en las formas mediante las cuales debe ser extraída de la masa aquella selección. Y en este concepto, me permito afirmar que Renán, aristarca, es un perfecto demócrata, porque la norma sobre la cual quiere que se forme la aristarquía directiva es la depuración personal por la ciencia y por la superioridad psicológica, operando sobre la masa del pueblo. Recuérdese el sentido de advocación mística que da a la palabra Democracia, cuando saluda con este nombre a Atenea, en la Acrópolis, extrayéndolo de antiguas inscripciones votivas.

Y en cuanto a su juicio sobre la Revolución, permítame que corone mi comentario con estas palabras, extraídas de los *Recuerdos de infancia y juventud*: «Tomé de mi madre un gusto invencible por la Revolución, que me la hizo amar por encima de mi razón y a pesar de todo el mal que he dicho de ella. No borro nada de lo que he dicho; pero, desde que veo la especie de rabia con que ciertos escritores extranjeros intentan probar que la revolución francesa no ha sido otra cosa que vergüenza o locura, y que constituye un hecho sin importancia en la historia del mundo, empiezo a creer que acaso es lo mejor que he hecho, ya que tantos celos despierta.»

Gabriel ALOMAR

LOS POETAS

PRIMAVERA

Bajo un puro cielo, que, resplandeciente,
con vivos destellos la tierra ilumina,
de la primavera, cruzando el ambiente,
va la golondrina...

El cielo y el campo se visten de gala:
esmeralda es éste, y es aquél zafiro...
Y de amor la tierra parece que exhala
un dulce suspiro...

Henchidos de vida los capullos se hacen,
en las verdes ramas, encendidas flores...
Y en todas las almas juveniles nacen
capullos de amores...

Forman, cual las aves, las almas su nido
en el árbol bello de las ilusiones...
Siendo la esperanza cantar, no aprendid
de los corazones...

Con hondos suspiros en el pecho clama
el Amor que dentro del pecho está preso...
Ardiendo en los ojos su divina llama
y en la boca el beso...

Y tras cada reja sueña, prisionera
en el dulce ensueño que forja el deseo,
la eterna Julieta, que impaciente espera
que llegue Romeo...

Bajo el puro cielo, que, resplandeciente,
con vivos destellos la tierra ilumina,
de la primavera, cruzando el ambiente,
va la golondrina...

Lope HERNANDEZ

*

AMOR DE QUIETUD

Mi vida es fuente clara, de agua honda y serena,
en la que se refleja todo el amor del mundo;
cavatina de ensueño que a mi alma enajena
en su reposo extático y profundo.

Fluya, tranquilo manantial, mi juventud
mientras sueña mi alma en su dulce quietud...

Corra mi vida mansa, sonriente,
en el mudo egotismo de su contemplación;
el latido escuchando en mi pecho cadente,
llena el alma de serena emoción.

Y tú en este retiro, mujer, sé mi tesoro;
sé tú el espejo bello donde mire correr
dulcemente mi vida; que al son de tu sonoro
reír vibre mi sér...

Que me miren tus ojos mansamente divinos;
siempre sean tus brazos mi amoroso dogal;
mi eterna copa sean tus labios coralinos...
Siempre para mí seas un amor inicial...

(Que quien de ti se aleja, se aleja de sí mismo;
mujer: de ti en la Tierra, todo es bello espejismo...)

Las notas de la música inefable y serena
de tus quietas pupilas me envuelvan amorosas,
y así en este retiro, con tu dulce cadena,
las horas caerán con fragancia de rosas...

Francisco de TROYA

GRAFOLOGIA.-LOS POETAS

Las condiciones esenciales de un temperamento de poeta son la sensibilidad, la intuición, el sentido estético y la imaginación creadora. Todos los poetas dignos de este nombre reúnen en sus escrituras los signos gráficos reveladores de éstas o de algunas de estas condiciones:

Sensibilidad: letras inclinadas o desiguales. Intuición: letras desligadas, sueltas. Sentido estético: curvas armoniosas y originales; mayúsculas tipográficas. Imaginación: grandes curvas, fáciles y rápidos movimientos de pluma.

Goethe
Am Siebenten
November 1825

Grafismo de Goethe. He aquí la escritura de Goethe, quien, como ve el lector, no empleaba en el manuscrito los angulosos caracteres alemanes, sino los claros y curvos caracteres latinos. Es un grafismo muy inclinado—sensibilidad, vehemencia—y, sin embargo, sereno, revelador de un espléndido equilibrio en las facultades. El autor de "Werther", el creador de la atormentada alma de un Fausto, no podía ser un dios impasible, como se ha supuesto.

Tu dis: — un Dieu n'est pas ce que vous supposez.
un Dieu, c'est une tour dont on fait les fossés.
c'est une silhouette au delà d'un abîme.
ne point le voir ormal, et fero le voir or crime.
l'autel, c'est lui. jamais le peuple n'admettrait
l'être pur, l'infini compliqué par l'abstrait.

Grafismo de Victor Hugo. ¡Escritura genial! Tiene el lineamiento inesperado de una fastuosa arquitectura de ensueño. Su fuerte relieve revela el sentimiento del colorido, como en un pintor. A su vez, los grandes dibujantes y coloristas, como podrá ver el lector en artículos sucesivos, emplean con frecuencia letras tipográficas. En realidad, el arte no ofrece, de un modo absoluto, determinados signos gráficos, pues, como ha observado con exactitud el grafólogo Rochetal, el cerebro es un todo más o menos vasto, pero sin etiqueta; su capacidad, su potencia creadora, es lo que se refleja siempre en la escritura, aunque a veces no pueda determinarse la forma de sus manifestaciones.

He reproducido el facsimile de estos versos, de la admirable obra de Crépieux-Jamin, *L'Écriture et le Caractère*.

Gabriele d'Annunzio

Firma de Gabriel d'Annunzio. Este grafismo, muy vertical, es de una estructura elegante, aunque artificiosa; de un preciosismo estudiado: pose, deseo de producir efecto; una firma—es decir, el símbolo de la personalidad—que se yergue sobre un pedestal.

Edmond Rostand

Firma de Edmundo Rostand. He aquí la bellísima firma de Rostand. Este poeta de la infancia feliz, sobre cuyo kema de griego, las abejas, entrando

por la ventana de su quinta de estío, ponían un murmure beaucoup plus grec, y que, andando el tiempo, había de ser tan genuino intérprete del fino ingenio francés, diseña unas mayúsculas de original estética y cruza el cabo de la R con la rúbrica, en oblicuo trazo; ambos rasgos parecen dos espadas que se cruzan en un duelo.

La t'il in'ichereoge alors
sur la derriere lettre ?
Deli. que que j'as soide
de l'ere que il se fleur
Maeterlinck.

Grafismo de Mauricio Maeterlinck. Insuperable elegancia en la suprema sencillez. Coherencia, ritmo, colorido, relieve. Tiene el curvo, pero firme alineamiento, de la dulzura añada a la energía.

Emile Verhaeren

Firma de Emilio Verhaeren. La espléndida firma del poeta belga es, para mí, en el recuerdo de mis estudios sobre las escrituras, un clavo en el corazón. Poco tiempo antes de su muerte, Verhaeren escribió una larga carta a D. Enrique Diez-Canedo. Rogué a nuestro poeta que me dejase este excelso documento para utilizarlo en un libro de grafología, ¡y el fotograbador la perdió, sin reproducirla! El disgusto de haber proporcionado uno tan grande a su legítimo poseedor me dura todavía.

En las curvas rápidas y estéticas de esas letras se ve el vuelo de una imaginación fecunda y un profundo sentido de la línea y del color, temperamento de artista plástico.

En y. Copins concentran el misterio
Del corazón del mundo.

Compte à aureo Pava
En la videra...
Com e n'apico...
Hou...
Si...
T...
L...
Le...
De...
E...
Anatomica.

Grafismo de Rubén Darío. Terminemos este superficial estudio — daría amplio tema para varios libros — con el espléndido grafismo de un poeta de lengua española. Este grafismo reúne todos los elementos de la poesía: la emotividad, la intuición, el don creador, el gusto estético. Ahí están esas mayúsculas elegantísimas en su sencillez, tipográficas, pero con sello personal inimitable, con la vibración dinámica de la vida, con todas las variedades de la inspiración, lejos de la fría regularidad de los caracteres de imprenta y aún más de la vulgar corrección caligráfica.

M. RAS

De la Société de Graphologie de Paris.

LA FORTUNA DE PERICO

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

PERICO era un buen muchacho que prestaba sus servicios en casa del tío Matías; pero Perico no estaba contento con su situación.

No era que, en rigor, le faltase nada; pero, ¡ay!, el amigo Perico era un terrible ambicioso; él quería ser rico, y sirviendo en casa del tío Matías poseía el medio de reunir una fortuna.

Y es que el tío Matías era tan tacaño como ambicioso era su criado; por nada ni por nadie hubiera él sacado una de las monedas que tan bien guardadas conservaba en cierto calcetín de cuadros azules y encarnados.

Verdad es que al tomar de criado a Perico, el viejo le había prometido:

—Si te quedas a mi servicio más de dos años, el día que te marches te he de dar algo.

Pero, ¿quién se acordaba ya de aquella promesa magnífica, si bien algo vaga? Pues sí, señor; se acordaba Perico, y un buen día, transcurridos los dos años de servicio en casa del viejo avaro, Perico declaró:

—Mi amo: me marchó a recorrer el mundo en busca de fortuna.

—Vete con Dios — contestó el tío Matías.

—Con Dios y con el dinero que usted me prometió — repuso el mozo.

¡Qué carcajada lanzó el viejo!

—Cierto que te prometí algo — dijo —, y como lo prometido es deuda, te lo voy a dar ahora mismo. ¿Pero quién habló de dinero ni pensó en tal cosa?

Y entregó al muchacho tres hermosos quesos de bola, rojos y relucientes. Perico no tuvo más remedio que conformarse, y cargando con los quesos los metió en un saco, que se echó al hombro, y se marchó carretera adelante.

Pero habéis de saber que el tío Matías era tan tacaño que ni quesos siquiera le había dado al mozo, sino sencillamente unas piedras que él pintó de rojo para hacerle creer que eran quesos de bola.

Anda que te anda, Perico, cargado con sus tres falsos quesos — ¡cuánto pesan! — pensaba el mozo —; ¡mejor sabrán! —, cruzó un bosque tan grande que la noche le pilló entre los árboles; entonces, temiendo que viniesen lobos, se subió a un árbol, e instalándose entre las ramas se quedó dormido como un bendito.

De pronto, le despertó un ruido de voces, y, mirando al suelo, vio tres hombres de mal aspecto sentados al pie del árbol. El primero decía:

—Me he introducido en una granja, donde he robado doce ovejas magníficas; ya tenemos carne sabrosa para rato.

—Yo — decía el segundo — he conseguido colarme en el palacio real y he robado el brillante mayor de la corona del rey. ¡Buen dinero nos ha de producir la venta de esta piedra preciosa!

El tercero dijo, a su vez:

—Eso no es nada al lado de lo que yo he realizado. He matado al brujo Krikrac, guardián de la Montaña del Oro, le he robado el velón que nunca se apaga, la llave que abre todas las puertas y los polvos que matan a todos los dragones. Ya es nuestro el tesoro fabuloso de la Montaña del Oro.

—¡Bravo!, ¡bravo! — gritaron los otros dos, locos de entusiasmo.

Y para celebrar, sin duda, tan fausto acontecimiento, sacaron de sus bolsillos

suculentas provisiones de boca y se dieron un estupendo festín.

Perico lo había oído todo; sin duda pensáis que se indignó y resolvió en el acto denunciar a los tres malhechores. ¡Sí, sí! Todo lo contrario; lo que pensó fué que le convendría trabar amistad con aquellos bandidos para conseguir una parte del tesoro que iban a robar.

Precisamente, en aquel momento, uno exclamaba:

—¡Qué lástima se nos haya olvidado traer queso para postre!

—Buena ocasión para hacer conocimiento — pensó Perico.

Y gritó con toda su alma:

Al pie de la Montaña del Oro, muy oculta entre malezas, había una enorme puerta de hierro con una cerradura tan grande, que Perico quedó aterrado; ¿cómo iba a poder abrir aquella fenomenal cerradura con su llavecilla? Sin embargo, acercó maquinalmente la llave a la puerta, y en el acto la llave se estiró y se ensanchó hasta volverse del mismo tamaño que la cerradura. Perico abrió la puerta sin dificultad y penetró en las mismas entrañas de la Montaña del Oro.

La oscuridad era absoluta; pero apenas nuestro héroe hubo sacado su velón del bolsillo, todo se iluminó, y vio que

dido: abrió la cajita de los polvos y arrojó un puñado al monstruo, que estornudó, se desplomó y murió como un conejo.

Y entonces Perico vio que se hallaba en un lugar sorprendente: las paredes eran de oro y el suelo de plata, y aquella sala maravillosa e inmensa rebosaba con enormes cofres de metal cuajados de piedras preciosas. Perico abrió uno, y tan lleno estaba de oro, que varias monedas rodaron por el suelo; lo mismo sucedió con el segundo y con el tercero y con todos. ¡Perico había dado con el tesoro fabuloso de la Montaña del Oro!

Horas y horas se pasó manoseando su fortuna, hasta que, de pronto, notó que tenía un hambre horrible; cosa natural, puesto que llevaba un gran rato sin probar bocado.

Empezó a recorrer de nuevo salas y pasillos y a abrir puertas de todos los tamaños; pero, ¡ay!, después de muchas horas de marcha, volvió a encontrarse en la sala magnífica en que abundaban el oro y las pedrerías, pero donde no había una triste miga de pan.

Llorando de rabia, de desesperación y de sufrimiento, Perico cayó al suelo, dispuesto a morir sin remedio; pero en el momento en que cerraba sus ojos, llenos de lágrimas, se hizo en torno suyo un ruido espantoso, y todo, las paredes, el suelo, los cofres, la puerta de diamante y los montones de oro, todo, se derrumbó a la vez que él se sentía precipitado en un abismo.

No sé el tiempo que duró su caída, ni él tampoco lo supo, pues se hallaba sin sentido; cuando abrió los ojos quedó asombrado: se hallaba ante un trono de oro, en el cual un personaje, vestido con fantástica riqueza, estaba sentado.

—Soy el rey del Oro — dijo aquel señor, con voz metálica.

Pero el pobre Perico no estaba ya para deslumbrarse por nada.

—Tengo hambre — gimió — y tengo sed. — Come y bebe — dijo el rey del Oro.

Le dió un pedazo de pan y un vaso de agua; pero el pan, ¡ay!, era de oro y el desdichado no pudo hincarle el diente, y el agua era de oro líquido y abrasaba la boca en lugar de refrescarla.

—¡No quiero oro! — exclamó Perico — quiero pan y agua.

—¿Cómo que no quieres oro? — dijo severamente el rey —. Entonces, ¿a qué has venido? Oro buscabas, oro te doy; aquí no hay más alimento ni más bebida que éstos.

—¡Guardad vuestro oro, señor rey! — gritó el infeliz — y dadme de comer y beber.

Apenas pronunció estas palabras, el rey le tocó en la frente con su dedo frío y duro, de oro también. Perico cerró los ojos, y cuando los abrió se halló en medio del campo, al aire libre; junto a él, en el suelo, había un hermoso pan dorado, más apetitoso que el oro, por cierto, y a sus pies corría un río de agua más cristalina y bonita que los diamantes.

Desde entonces Perico se dedicó a trabajar y no volvió a aspirar a mayor fortuna que la de comer y beber a su antojo y tumbarse a dormir sobre un lecho de paja fresca, cuando su trabajo le había hecho merecer el descanso.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



—¡No os apuréis por lo del queso, buenas gentes! Aquí tengo yo.

Los tres hombres levantaron la cabeza, y Perico, cogiendo una de las bolas, ¡pam!, la arrojó al primero, y así hizo con la segunda y con la tercera; pero con tal tino las lanzaba, que fueron, sucesivamente, a darles en la cabeza a cada uno de los ladrones y los mató.

Asustado al verlos tumbados en el suelo, Perico se bajó a escape del árbol y quedó asombrado al comprobar que estaban muertos.

¿Sin duda suponéis que al ver el triple crimen que acababa de cometer se aterró, y se desesperó, y se tiró de los pelos de horror y de remordimiento? ¡Sí, sí! Tal era su deseo de ser rico que lo que hizo fué alegrarse y pensar:

—Ahora ya es mío el tesoro entero.

Y ni corto ni perezoso — ni honrado tampoco —, se apoderó del velón, la llave y la cajita de los polvos mágicos,

se hallaba en una rotonda que tenía una puertecita tan chiquirritina que su cerradura no pasaría del tamaño de un grano de arroz. ¿Cómo iba la llave colosal a entrar en aquella cerradura microscópica? Pero súbitamente la llave se achicó, hasta el punto de que su amo pudo abrir la puertecita.

Después de recorrer no sé cuántas salas y cuántos pasillos, y abrir infinidad de puertas, unas grandes y otras chicas, de pronto, Perico se halló frente a una puerta distinta de todas las demás, pues estaba tallada en un solo diamante prodigioso, que brillaba como los rayos del sol a la luz del velón encantado.

Trémulo de emoción, Perico la abrió y lanzó un grito terrible: un dragón colosal, que tenía el cuerpo de un león y la cabeza de un toro, avanzaba hacia él arrojando llamas por la boca.

Afortunadamente, el mozo se acordó a tiempo de las palabras del tercer ban-

LAS HIJAS DE ELENA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JOSÉ M. MATHEU

Las tres hermanas, ya huérfanas, se habían criado bajo las alas trémulas de la abuela que, como campesina ruda y bondadosa, no sabía más que adorarlas. No se comprendía en el pueblo esta constante adoración por estos tres arrapachos, tres diablejos con faldas, que pasaban su vida en la huerta o corral de la casa, o en la calle, jugando con los chicos más traviesos, o andando a moquetes con ellos. La maestra, en varias ocasiones, se había quejado amargamente a la abuela, lo mismo que la mujer del boticario y la del herrador y la del soguero. Y llegaron a tal extremo sus riñas y peleas, que la maestra tuvo que echarlas de la escuela. Claro es que la abuela, un poco atribulada y prometiendo la enmienda de las disculpas, le hizo a la maestra, por la Pascua, un hermoso y suculento regalo, que vino a ser prenda de paz y concordia entre las potestades. Volvieron, pues, a ser admitidas y toleradas. No era tarea tan fácil como creyeron los abuelos el meter en cintura a unas personillas que en su misma niñez se les había abierto ancho cauce a sus buenos y malos instintos. Tampoco el abuelo era hombre a propósito para educar y formar criaturas a su imagen y semejanza. Metido, como buen cosechero, en los negocios del vino, conoció aquellos mejores años en que estos caldos se aprovechaban, con una loca abundancia, en las Gallas, donde las pomposas y bien cuidadas vides caían amarillentas y heridas mortalmente por la filoxera. Por costumbre inveterada, solía pasar las noches en el casinillo y las tardes en casa del alcalde, que era por entonces el amo del cotarro. Ello nos da a entender que el hombre figuraba como político y tenía sus aspiraciones. De esto se hablará más adelante.

Ya en los comienzos de septiembre iban muchas tardes a las dos viñas más cercanas al pueblo las tres hermanas, Rosita, Adela y Justina, en compañía de dos o tres amigas. Esto que nada tenía de particular, trajo, sin embargo, un incidente lamentable. Una de aquellas tardes, la criada, que volvía de la fuente, avisó a la abuela de lo que acababa de ver. En el carro del señor Cebrián, el molinero, veía Rosita, tendida y como muerta, perdido el conocimiento. Toda angustiada bajó la abuela al portal. ¿Qué habría ocurrido? No era esta la primera vez que Rosita trepaba a un árbol para coger y saborear la primera fruta madura. Pero aquella tarde quiso subir a lo más alto de un melocotonero y, al apoyar el pie en la rama, se quebró de pronto. Cayendo de tanta altura, se produjo una conmoción

cerebral y tal vez algún trastorno interno. Fué el caso, que puesta a régimen por el médico, más de dos y de tres veces condescendió la abuela a sus ruegos, dándole alguna golosina. Se presentó una fiebre altísima, y unos días después falleció Rosita, con gran pesadumbre y dolor de sus abuelos. Por una

cuenta y nueve otoños, a presentarse como diputado en las próximas elecciones. Podía pagar los votos como ninguno; tenía unas vagas ideas del proteccionismo y del libre cambio y de la necesidad, por parte de los Gobiernos, de favorecer grandemente a la agricultura. Con este sencillo bagaje creía de buena

Hubo por entonces otro incidente que también influyó no poco en el ánimo de don Antonio para llevar a cabo su proyectada resolución. Entre los braceros que ayudaban a la recolección del trigo o de la uva figuraba el llamado Ulogio, alias el Belluso. Era éste un completo holgazán, borrachín, pendenciero y gran aficionado a los naipes. Llegó a tal extremo en estos vicios, que don Antonio se vió en la precisión de despedirlo de la casa. Ulogio, que era hombre bragado, y según sus antecedentes carne de presidio, le escribió al amo una carta insultante, en la que le amenazaba de muerte si no le admitía de nuevo entre los peones y con mayor jornal. Don Antonio se negó en absoluto a tal demanda; pero le quedó el temor de la amenaza metido en el cuerpo.

Entretanto sus nietas habían llegado a mozueltas y andaban, como siempre, a su libertad, llamando la atención por lo exagerado de su vestimenta y de sus peinados. Bromeaban con los mozos, aun con los más humildes jornaleros, y en cuanto se celebraba en el pueblo alguna fiesta, con música y baile, eran las dos hermanas las primeritas, las más loquillas y procaces en sus maneras. Uno de estos mozos, que era panadero, le escribió a la mayor una carta declarándole su amor, con tales palabras, indirectas y argumentos, que Adela, avergonzada y rabiosa, quiso romper la carta; pero Justina, rápidamente, se la quitó de las manos, diciéndole:

—Esta se la paso yo por los morros a ese granuja, y además le arrimo dos bofetadas, por cochino.

No sucedió así. Por el contrario, creyendo el mozo que el no contestarle era confirmación real de sus atrevidos pensamientos, aunque las halló ofendidas y le negasen la palabra, se propuso a mucho más. Habló a sus amigos, como de una inesperada aventura, de que después del baile se había llevado a la Adela a casa de la viuda del Mozola, una vieja colmillada y encubridora, de mediano renombre entre las honradas esposas. Como ellas andaban tan sueltas, algunos lo

dieron por muy posible, y el eco de estas murmuraciones llegó a resonar en el casinillo. Don Antonio pudo enterarse y pensó para sí: «Estas chicas no se casarán aquí. Yo no me avengo a ver diariamente las caras de estos cazurros que me dieron codillo. No necesito estar expuesto a una brutalidad. Por lo tanto, saldremos de Encinavega. ¡Y a vivir!»

Aquella misma noche le habló a su mujer de este gran proyecto. Les convenía a todos y en particular a sus nietas, a



temporada se suspendieron las correrías, las diversiones y las amplias libertades de las nietas. No obstante, las gentes malévolas no dejaban de poner, al hablarse de ellas, el agrio comentario: «Tres eran tres las hijas de Elena; tres eran tres y ninguna buena.»

La ambición de ser algo más, que acomete a ciertos hombres en plena madurez, le impulsó a don Antonio, a los cin-

fe que le bastaba para presentarse con algún decoro en el Congreso. Le faltó, pues, como a los inexpertos, la diplomacia, el conocimiento de los hombres y el saber gastar o derrochar a tiempo su dinero. Muchos de sus paisanos, que le habían prometido el voto, se lo negaron a última hora por incuria o por envidia. Y de tal modo le hirió al hombre este enorme fracaso, que desde aquel amargo instante púsose a pensar en la magna resolución que tomaría.

quienes les faltaba mucho, pero mucho pulimento.

—¿Qué quieres decir con eso? — interrogó la abuela, entre asombrada y temerosa—. ¿Es que vas a encerrarlas en algún colegio, como pensaste en cierta ocasión? ¿Me dejarás sin esta única alegría de mi vejez?

—No se trata de eso, mujer. Bastará con que venga a la casa una buena maestra que les quite esa pelusa que aún llevarán del pueblo. ¿Comprendes? Si hemos de vivir en sociedad y las chicas han de casarse algún día, no hay más remedio que pulirlas.

A la abuela, que seguía siendo la campesina ruda y bondadosa de siempre, le extrañaba este plan y no comprendía lo de la pelusilla que don Antonio, en aquellos días de vida familiar, como hombre de más mundo, veía tan claro.

Entre sus escasos parientes contaba don Antonio con un sobrino llamado Francisco, o Paquillo, que era lo que se decía vulgarmente en el pueblo: una estralica de mano, un muchacho inteligente y dócil, dispuesto para cualquier servicio. Nombróle administrador de sus propiedades, viñas y campos de regadío, y una vez arregladas las cuentas, papeles y demás asuntos de menor cuantía, la familia de don Antonio se trasladó a la capital. Alquiló un piso principal, amplio y soleado, en uno de los barrios extremos de la población, con la idea de tener un poco de aislamiento en estos primeros años. Por consejo de un correligionario, que era un industrial de los que surtian al pueblo, tomó una señorita muy recomendable que acompañase y educase a las nietas, mejor que una vulgar maestra. Tuvieron, realmente, suerte en la elección de la persona. Hija de viuda, instruida y educada por su padre, que fué maestro; delgada, fina, de carácter firme y de buen intelecto, esta simpática Engracia debía ser una excelente educadora.

En la familia todos la miraron con buenos ojos, y aún más Adela y Justina, que la creyeron de pura miel por lo melosa y condescendiente. Era esto en los primeros días. Dos más después se hallaban reunidas en el gabinete de la costura las tres muchachas. Hablábale de un hecho escandaloso, y Justina, sin poder contenerse, afirmó con energía, como una verdad indubitable:

—Todos los hombres son unos canallas; todos, sin excepción.

—¿Hasta su abuelito? — preguntó Engracia.

—Mi abuelo es ya viejo...

—Y los viejos ¿no son hombres?

—Bueno; pero vea usted quiénes son los que roban, los que matan, los salteadores, los bandidos, los presidiarios: todos son hombres, la flor y nata de la humanidad.

—Nosotras—confirmó Adela—no podemos hablar bien de esos demonios de hombres.

La otra muchacha las miró con asombro y exclamó:

—Señor, que ideas más dislocadas han traído ustedes de su pueblo.

—¿Que no es eso verdad?

—Ni medio verdad siquiera. Ustedes, que son cristianas, habrán visto que en los altares se veneran a las santas y también a los santos, que fueron hombres de carne y hueso.

—Con pocos santos topará usted hoy día, por mucho que los busque.

—Y con pocas santas, señorita.

La conversación siguió en este tono; pero como la hija del maestro les atajaba por todos los lados, cambiaron de tema.

En aquel mismo barrio moraban dos familias conocidas del pueblo, con las cuales trabaron buenas relaciones. Con

el beneplácito de los abuelos salían alguna tarde de compras con estas dos amiguitas y paisanas, acompañadas de la madre, que era la familia que vivía más cercana. Cierta noche, como un extraordinario, consiguieron el permiso para ir al teatro Principal en compañía de esta excelente familia. Se hallaban modestamente en una delantera del segundo piso. Sin saber cómo, en un instante, al dejar Adela el abanico para tomar los gemelos, se le deslizo de la mano y fué a caer entre las butacas. Hubo un momento de indecisión. ¿A quién indicar el percance? El acomodador se hallaba en el pasillo o en otro piso... Miraban a las filas de las butacas donde pudieron notar un ligero revuelo. Pocos minutos después apareció un caballero que, requiriendo a las señoras, entregó en propias manos a Adela el indiscreto abanico. Dándole las gracias, con el natural sonrojo, por su descuido, la muchacha se fijó en el caballero, que era moreno, de mediana talla, sin empaque, aunque vestía con una elegancia irreprochable. Al despedirse, la miró con una amable sonrisa de satisfacción. Y no hubo más; pero del incidente se habló toda la velada, entre risas y comentarios.

Dos meses después, en casa de una familia que solían visitar de cumplido, acompañadas de la abuela, hallaron inesperadamente al caballero del abanico, que en el momento reconoció a las dos hermanas. Llamábase Florencio Ochoteco, y creyérasele un cumplido caballero, según todas las apariencias que permiten juzgar de una persona a quien se trata con alguna frecuencia. Fué presentado a la abuela por estas conocidas señoras, y desde aquel día cultivó esta nueva relación, con singular agrado de Adela, que aceptó la simpatía y estimación que por ella demostraba.

Transcurridos unos meses, acostumbraban a salir reunidos alguna que otra tarde con el abuelo, que unas veces se retrasaba charlando con Justina y otras quedábase solo, con el periódico en la mano, mientras sus nietas distraíanse o reían, gozosas, con la amena conversación de Florencio. Ocurrió, por este tiempo, que Adela, que ya entendía bastante en esas primorosas labores que adornan las ropas blancas, fué invitada algunas tardes por una de sus paisanas y amiguitas, que se hallaba en visperas de boda. Le había rogado que la ayudase para ultimar a toda prisa su rico y elegante ajuar de novia. Justina y los abuelos recibían a Florencio en el gabinete de la calle, y allí esperaban hasta el atardecer la vuelta de la hermana mayor. En una de estas tardes pudo observar ella en el semblante de Florencio un cierto gesto como de contrariedad o de preocupación.

—¿He tardado mucho? Venía volada. Tenían en la sala visitas de cumplido... y ya usted ve. Y como se ha puesto tan serio...

—No, Adela; son preocupaciones mías, disgustos, que nunca faltan.

—Y que nosotras no podemos remediar.

—Seguramente que no. Son cosas y particularidades que no interesan.

—Sí, sí; porque es horrible hablar de cosas que no interesan.

Desde aquella tarde vió Adela en el rostro, igual que en las palabras de su presunto novio, ese mismo matiz de constante tristeza y preocupación. En más de una ocasión intentó traer la conversación a este terreno; pero él la esquivaba hábilmente, no dándole importancia alguna.

Cierta día anticipó Florencio la hora de su visita. Venía a manifestarla que

por la dolencia bastante grave de un primo hermano, que vivía en Bilbao, velase en el natural deber de acudir a su llamamiento. Volvería al día siguiente a despedirse, pues en el momento le urgía dejar arreglados sus asuntos. Notó la muchacha que Florencio la miraba de un modo particular, como si se tratara de algo, de algo íntimo y trascendental, que le hubiera confesado en aquel supremo instante.

Hallábanse solas, al otro día, las dos hermanas en el gabinete de la calle. Adela permanecía sentada, con la mano apoyada en la mejilla, pensativa, contrariada, sin saber por qué. Justina, de pie, al lado del balcón, miraba con curiosidad al través de los cristales. De pronto, se volvió hacia su hermana para decirle:

—No sé, mujer, por qué estás así. Yo me alegro que se vaya. No merece ese hombre, como a los demás, que se le mire con tanto interés.

—¿Por qué dices eso? ¿Le has tomado antipatía?

—Si yo fuera persona más..., que pudiera aconsejarte, te hablaría con franqueza: por ese hombre no debías interesarte de ninguna manera.

—¿Por qué? Responde, ¿por qué?—repitió Adela, levantándose y asiendo del brazo a su hermana con alguna violencia.

—Esa no es manera... Me has hecho daño.

—Más daño me haces tú. ¿Por qué hablas de ese modo? ¿No comprendes que me lastima, que puedo pensar lo peor?

—Pues verás; veras como no vuelve.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

En este momento se oyeron las cinco en el reloj del comedor. En la calle, a esta hora silenciosa, sonaron los pasos precipitados de un transeúnte. Adela se dirigió al balcón y escuchó. Luego, tornó a fijarse en el rostro de Justina, que aparecía más pálido que de ordinario. Largo rato permanecieron calladas. Mucho después se oyeron las seis. Su profección iba a cumplirse. Adela no pudo más:

—Florencio no viene, Justina. ¿Por qué? Dímelo—le exigió con súbita energía.

—Porque le odio, porque ese hombre me ha mirado con desprecio, a mí, que valgo más que todas vosotras, ¡a mí! Le he enseñado la carta de aquel desvergonzado mozo de nuestro pueblo, le he dicho que había abusado de tu credulidad y que al fin tendrías que casarte con él.

—¿Y tú le has dicho?... Tú, mi propia hermana.

Y Adela, desesperada, frenética, fué a lanzarse al cuello de Justina para ahogarla; pero su educación había avanzado tanto que recordó, de momento, las palabras de Engracia: «Una verdadera señorita no debe andar nunca a golpes y arañazos, al igual de una rústica villana que se deja llevar de un instinto sanguinario como los animales.» La miró fijamente, rabiosa, erguida; sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras repetía todavía convulsa:

—Parece mentira que seas tú mi hermana.

En muchas ocasiones, al subir las dos hermanas la escalera, solían encontrarse con un guapo joven, de tez blanca y pelo castaño, que, por ir distraído o muy preocupado, unas veces las saludaba y otras cruzaba delante de ellas como si fueran sombras. Le hubieron de coger algo de antipatía por esto mismo. Y al observar en la calle su aire firme y resuelto, le creyeron excesivamente orgulloso. «Lo menos se cree el tipo ese des-

cendiente del rey Wamba», repetía Justina siempre que tropezaban con él. Pasado un día observaron que hablaba en el portal muy familiarmente con Florencio. Y claro es, por éste supieron que era un muchacho aprovechadísimo, doctor en Letras y profesor de idiomas. Habían cursado juntos algunas asignaturas, y de aquí hubo de originarse una buena amistad. Conocidos estos datos, lo más natural era que se relacionara con una y otra hermana con mayor y menor curiosidad. Pero la que lo contemplaban con buenos ojos era la Venancia, una y la joven de dieciséis años que se había traído del pueblo para sus servicios. Era ella la que contaba que había visto en el señorito del segundo en el momento de oír en la plaza del Portillo. Siempre iba solo. Cierta mañana se halló en la plaza frente al temible Ulogio, a quien también miraba con los ojitos tiernos. Terrible a pesar de que era hermoso como el ornato velludo y moreno, aunque gallardo y con buenos ojos. Se hallaba por aquellos días de gancho en una casa de juego no se trataba con la mayoría de los jugadores, padres de la hampa de la ciudad. Al conocerla Ulogio como bobilla y vanidoso, le vino a las mientes una de las bellas prendas, le prometió algún regalo, lito de los que a él le donaban en su nuevo oficio y la citó para el próximo domingo en un sitio determinado.

Acudió la Venancia con puntualidad a la cita, y su paisano la llevó al café y luego a un baile de las afueras, donde se solazaron grandemente. Después de unas semanas de cordialísimas relaciones, consiguió Ulogio que su novia abriese la puerta de la habitación una noche que la familia se hallaba invitada para celebrar el cumpleaños de una amable señora. Por curiosidad, Ulogio recorrió todos los cuartos y rincones de la casa. Pudo enterarse, desde luego, de ciertos pormenores referentes a los amos, que a él le parecieron muy interesantes.

Unos días después, cierta noche, a las dos de la madrugada, despertó don Antonio un tanto sobresaltado. Acababa de oír pisadas y ruidos extraños en su mismo despacho. Vistiéndose apresuradamente, dió luz al pasillo y se dirigió al otro extremo. La puerta estaba abierta, los cajones de la mesa, abiertos, como el pequeño armario donde guardaba el dinero de los gastos diarios y las reservas que debía ingresar en el Banco. Las pisadas resonaban ahora en el gabinete-tocador de sus nietas. De repente, abrió el balcón y con voz estentórea clamó por dos veces: «¡Sereno, sereno! avise usted a los guardias. Hay ladrones en la casa.» Se oyó en seguida el pito del vigilante que daba el correspondiente aviso. Removieron en sus habitaciones algunos vecinos al percibir los pasos y voces de don Antonio. En el segundo piso, Eduardo Mendivil, que se nombraba el profesor de idiomas, que había velado a su madre, enferma, escuchó ruidos desusados a tal hora, abrió la puerta y salió a la escalera con una linterna de luz eléctrica en la mano. Como buen vecino, bajó al principal. En este instante salía Ulogio atropelladamente. Sin vacilar un segundo, Eduardo se arrojó sobre él para detenerle. Revolviose enfurecido el saltador y trató de desasirse a viva fuerza. No contaba con que Eduardo era joven, hábil y vigoroso. Echándole una zancadilla lo tumbó en tierra, y el sorprendido Ulogio vióse sujeto y amarrado como por dos férreas tenazas. Abrió el portal el sereno, seguido del vigilante y de un guardia, que le hizo al detenido un minucioso registro.

Llenaba sus bolsillos un rico botín de monedas de oro y plata, sortijas y alfa-

servicio.—Pues bien—continuó el abuelo—; es-
táis vosotros en buena edad para aprender el
mercaderías; tenéis un buen maestro en nues-
tra casa...

—Tendríamos que buscarla. Esa se-
l onía del segundo, amiga vuestra, me
do la contado que su familia conoce a ese
quella un Eduardo, que es un joven de mu-
cho provecho. Ella tiene también sus
condiciones. Erais tres discípulas, y así
Al agradeceríamos de un modo indirecto el
favor que le debemos.

En las primeras horas de la mañana, a
salida de don Antonio, donde hallaba ya
el cafumadas a sus tres discípulas. Transcu-

En una sala de aquél, fácil, instructiva y amena, hacia sus lecciones breves y agradables. Su nueva discípula, llamada: Elogia, algo desafortunada en sus amo-

unánimes las tres muchachas declara-
ban a Eduardo su fundado desamor.
Eran ellos déspotas, viciados, opresores,
y en el fondo, todos despreciaban a la
buena mujer. Eduardo conocía el error

—Aménten ustedes esa máquina. La
creo que inventó un hombre para la mujer. Ese
cristal y hermoso cristal lo iluminó un
hombre y lo transformó en espejo para
la mujer. Se mirase en él: ese libro

telescopio y el microscopio; esas tijeras, la aguja, los hilos, las sedas, los encajes, todos cuantos objetos sirven para su labor o para su recreo, máquinas

—No ha inventado nada. Le basta pa-
ra su grandeza ser la madre del inven-
tor, del filósofo, del pensador, del artis-
ta, del poeta, del grande hombre. Le bas-

—Nos deja usted... asombradas—mur-
muró Adelita.

Las otras se miraron en silencio, como
un poco confundidas.

...sumidos en el encanto miste-



De vez en cuando se repetían estas provechosas lecciones. Les recomendaba Eduardo la lectura de ciertos libros que satisfacerían por completo su despierta

que lo aclaraba en el acto. Habíase llegado en esta diaria comunicación a una franca y gratísima amistad. Tanto era así, que Adela y Lola le tomaban como

atentamente. Le hallaba lo que no hallaba en los demás. Sus ojos negros tenían cierto brillo, como si los iluminase interiormente una lucecita. Por último, sentía una callada admiración por este

día tras día, nos impulsa insensiblemente a la simpatía, al afecto, al amor, que en algunos casos se hace, de pronto, sensible y brota en nuestro corazón co-

ta de un amigo que en las recordaciones al momento: de Florencio Ochoteco. Decía en ella que su primo hermano había fallecido en Bilbao y le dejaba heredero de una pequeña fortuna, por el cordial

tantas gratísimas tardes. Escuchando

Eduardo se lo conoció en el semblante. Después, al despedirse, quedando solos en la puerta, se lo indicó a Adelita. Con la promesa de la reserva, al otro

—Inconsciente y mal educada — agregó Adelita—. En estos dos años hemos

—Entonces... no diga usted más.
Eduardo contestó a su amigo con una

A los quince días, una tarde se presentó Eduardo acompañado de Florencio. La sorpresa fué muy grande; pero la familia toda lo recibió con expresivo afecto como a un antiguo amigo.

pias las perfecciones del amado. Al enterearse luego don Antonio y la abuela de esta señalada preferencia, la aprobaron incondicionalmente, pues uno y otro es-

del Municipio, acompañado de la alcaldesa y su cuñada, las mejores tijeras del pueblo. Visitaron, como era natural, a la familia de don Antonio y encontra-

nimiento de Madrid

—Sí, señora, sí; se comprende. Allá en el pueblo se criaban como Dios y su abuela querían. Ahora están mejor educadas, como señoritas. Todo consiste en eso.

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

Policía telegráfica, por el coronel Ignotus.—Esta nueva novela de tan insigne escritor y doctísimo hombre de ciencia es el segundo episodio de la titulada *La mayor conquista*. Entre otras muchas e ingeniosas invenciones de este español, digno rival de Julio Verne, hay en este libro la de una clave telegráfica muy curiosa.

Estas impresiones de viaje alcanzan hasta 1921, y hasta sólo citar esta fecha para conocer el valor de actualidad impreso en las cinceladas páginas de *Su-*

premio en las efemérides paginas de las premias visiones de Oriente, que son como el testamento literario del maravilloso narrador y poeta inimitable, porque Loti, ya viejo y amargado, anuncia su propósito de no volver a escribir más libro que éste.

La admirable traducción está hecha por el notable literato Vicente Díez de Tejada.

Galvanoplastia práctica para aficionados y profesionales.—Esta importantísima obra, escrita por el ingeniero industrial, profesor de la Escuela Central de Ingenieros Industriales, D. Juan Vidal y Martí, es indispensable a los que ejercen esta industria, y muy especialmente a los aficionados.

Contiene todos los procedimientos prácticos modernos de plateado, dorado, platinado, niquelado, cobreado, acerado, etcétera, por medio de los baños galvánicos y por los baños de simple inmersión química. Baños de coloraciones diversas, brillantes y mates. Bruñido. Ornamentación galvánica. Reproducciones galvánicas y electrotipia. Grabado directo, por medio de la galvanoplastia. Reproducción de insectos, flores, plantas, plumas, etc. Damasquinado. Fabricación electrolítica de planchas de cobre para el grabado, etc., etc.

Apartado 502.—Madrid.

Obras de gran éxito:

PÉREZ DE AYALA: *Luna de miel*, *luna de hiel* y *Los trabajos de Urbano y Simona*, novelas, a 5 pesetas.

FRANCÉS: *El hijo de la noche* y *El misterio del Kursaal*, novelas, a 5 pesetas.

HERNÁNDEZ-CATÁ: *La casa de fieras*, novela-bestiarlo, 5 pesetas.

VALENTÍN DE PEDRO: *El arlequín azul*, novela, 5 pesetas.

GARCÍA MARTÍ: *Del vivir heroico y del mundo interior*, ensayos, 4 pesetas.

GUILLERMO DE TORRE: *Hélices*, poemas, 5 pesetas.

Librerías, estaciones y quioscos.

¡Un paso adelante en el tratamiento de la tuberculosis!

Recientemente sus experiencias clínicas han sido hechas con ensayos de regular cuantía, en bases químicas hasta la fecha poco estudiadas, y conocidas profesionalmente con el nombre de *derivados alílicos*.

Los resultados más lisonjeros figuran como digno epílogo en los ensayos experimentales de esta provechosa labor con el empleo de tales sustancias, y de cuyos



El Doctor D. Emilio Casasempere, cuyos éxitos en materia de Tuberculosis en su tratamiento por derivados alílicos está llamando poderosamente la atención.

éxitos principian a compartir distinguidos profesores médicos de España. Su acción se nota desde las primeras inyecciones, acusando el estado general del enfermo una *sensación de vigor extraordinario*, abriéndose el apetito con ansia devoradora; estos efectos bienhechores tan inmediatos son debidos a la facilidad asombrosa en que son absorbidos y difundidos por todo el organismo los extractos alílicos, cuya fiebre en los enfermos se ve disminuir con pasmosa celeridad, extinguiéndose los sudores, recobrando las fuerzas perdidas y aumentando visiblemente el peso del cuerpo. A la vez los trastornos digestivos se corrigen y la tos y expectoración ceden con inusitada rapidez.

El Dr. E. Casasempere tiene su consultorio en la calle de Segovia, 39.

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Comedores, despachos, recibimientos, dormitorios, sillerías, tocadores, salones, escritorios de señora, bureaux americanos, clasificadores

Serrano, 17 — Ayala, 60

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO
MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO



LUZ
MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA

TRIUNFO

Al por mayor:
ADOLFO HIELSCHER. Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO
MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS — ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

LA SALUD Y LA VIDA

LOS TRATAMIENTOS ZENDEJAS

Los Tratamientos Zendejas se han demostrado constantemente de la mayor eficacia, habiéndose obtenido con ellos en numerosos casos, curaciones verdaderamente sorprendentes. Especialmente activos y de seguros resultados son



para todas las enfermedades de la sangre, úlceras y tumores; para las enfermedades venéreas y gota militar; para la anemia y sus consecuencias; para el reumatismo y las enfermedades de los riñones, albúmina, diabetes y estomatismo.

Tan fáciles de adquirir, por desgracia, esas enfermedades, los Tratamientos Zendejas vienen a constituir una verdadera panacea para la humanidad doliente. La mejor prueba de su eficacia es la siguiente: el Sr. Zendejas, en su domicilio de Madrid, Gran Vía, 18, facilita gratuitamente a todo visitante sus productos Tratamientos Zendejas, dejando a la voluntad del interesado adquirir nuevos productos, ya en venta al manifestarse los beneficiosos resultados del Tratamiento.

AGUAS del INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

Nerviosina de T. González De venta en farmacias

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)